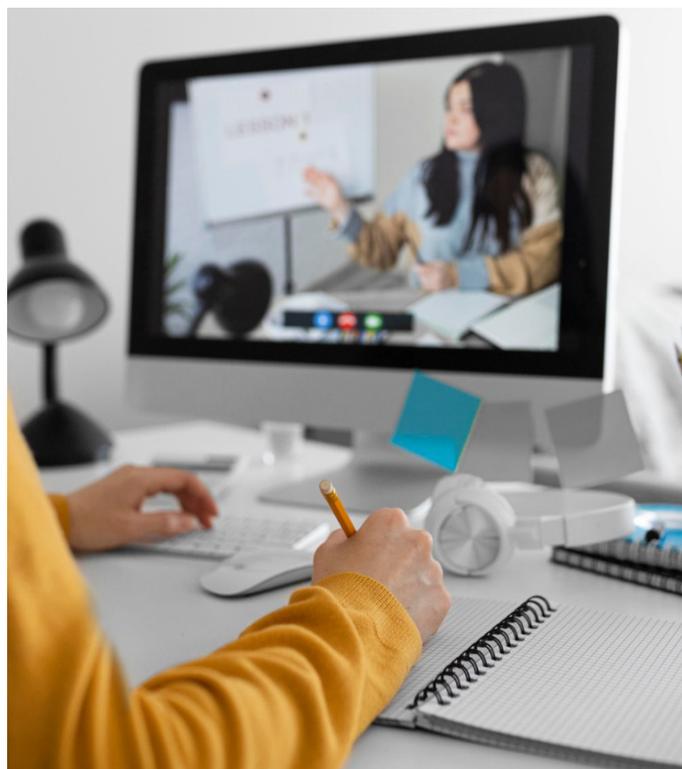


LA DISTANCIA Y SU SANA CERCANÍA EN EL PROCESO DE ENSEÑANZA-APRENDIZAJE

Por Larissa Torres Millarez

Nadie estaba preparado para las circunstancias pandémicas que viviríamos a partir de marzo (2020), ni en el ámbito social, económico, laboral, familiar, personal, ni por supuesto educativo. Sí, han sido tiempos bastante complejos, pero dentro de todo este caos también hay gratas experiencias, lecciones que la propia pandemia proporciona con su toque de ironía. He titulado esta charla como: *La distancia y su sana cercanía en el proceso de enseñanza-aprendizaje* porque la proxemia ha sido clave en estos meses de clases virtuales. No únicamente como docentes sino como gente de teatro, nos movíamos en un terreno académico peculiar. Los mejores salones de clase no eran aquellos con los mejores pupitres ni pintarrones ni los de la mejor pantalla o señal de internet, no. La contienda estaba en obtener el salón grande con duela y bien ventilado, la sala negra con el equipo de iluminación, el teatro (mínimo) para los ensayos generales o, ya por lo menos, un salón alejado del área de percusiones. En nuestra facultad compartimos edificio con las áreas de música, danza y artes visuales. Tratar de hacer una exploración guiada, calmada y concentrada, con una batucada sobre la cabeza, máquinas cortando madera y la misma parte de un track sonando en una grabadora a todo volumen y en loop, parecía el infierno. Quién diría que la batucada se convertiría en los vecinos que, por alguna extraña razón, se la pasan martillando a todas horas; que la cortadora sería una licuadora estridente haciendo licuados que ni siquiera tenemos tiempo de tomar y ese enfadoso track en loop es tu familia, hablando y hablando y hablando. Ahora multiplica las mismas circunstancias por cada perfil en una videollamada, que además de todo, se traba. Éramos felices y no lo sabíamos, dice sabiamente el meme. Nuestras antiguas quejas en el ámbito académico comenzaron a parecer tan nimias. Todas estas trabas, pretextos y reclamos hacia las instalaciones, y aun más, hacia los estudiantes que no se comprometían con lo que alegaban, era la carrera de sus sueños, se desvanecieron. O quizá en mi caso particular fueron derrotadas por knock out con la primera gran traba: ¿Cómo me pongo en contacto con el grupo? Soy una persona que piensa que como docente debo marcar muy claro los límites de mi relación con los y las estudiantes, mantener un contacto franco y agradable pero siempre acotado a lo que nos corresponde, busco los medios para que ellos y ellas puedan estar en contacto conmigo y no al revés. Les doy mi número de celular, pero nunca les pido el suyo, me pueden preguntar y contactar cuando necesitan resolver alguna duda de clase, pero mis propias dudas sobre sus trabajos las expongo en el aula y frente a grupo. Esta estrategia de distancia me hacía pensar que apoyaba mi figura como docente, pero no fue tanto así cuando, como responsable de una materia, tuve que tomar las riendas y juntar a mi grupo. Ya tenía a todos los grupos en classroom con anterioridad, además de la información que la propia universidad fue otorgando. Virtualmente mis grupos ahí estaban, pero yo no sabía nada de las personas. ¿En dónde estaban?, ¿qué dispositivos tenían?, ¿quién estaba con ellos?, ¿qué les pasaba en sus vidas? Toda esa información personal se convirtió en algo indispensable para poder plantear siquiera una posible estrategia pedagógica coherente, tanto para la academia como para los propios participantes del proceso enseñanza-aprendizaje. La distancia a la que nos obligó la pandemia promovió la cercanía con los y las estudiantes. Hablo de una cercanía que para nada tiene que ver con esa relación que yo tanto evito, esa relación que he visto repetirse y siento ahora con mayor intensidad una y otra



y varias veces en las escuelas. Esa estrategia docente en donde toman su jerarquía y una falsa abolición de esta para tratar a los y las estudiantes como pequeñas, inocentes e ignorantes “amistades” necesitadas de su consejo y sus guías. No para ser mejores actrices, actores o estudiantes sino para influenciar en su vida íntima y social, para que hagan, actúen, piensen y sean de tal o tal forma.

Aunque la pandemia trajo normas de convivencia muy claras y estrictas, promovió una sana cercanía, una cercanía que nos ubica en un aquí y un ahora compartido, en un nosotras juntas estudiando teatro, todas personas con infinidad de diferencias, pero por lo menos con dos objetivos compartidos, estudiar teatro y sobrevivir a la pandemia. Los límites que yo tanto había tenido y buscado surgieron por sí solos en el contacto pedagógico directo. Después de las preguntas bases del cómo le podemos hacer, comenzamos a hacerlo. Entre prueba y error, constante y continua capacitación, atendiendo las necesidades del estudiantado y procurando la propia salud mental, organizando tiempos, descansos, actividades y hasta ejercicios de estiramiento entre videollamadas, las clases fueron sucediendo. Y entonces, el aprendizaje significativo abolió la distancia.

En mi caso, las materias tienen que ver con la escritura. Soy dramaturga, y las letras no únicamente representan literatura, sino la potencia humana, la futura puesta en escena, la posibilidad de ser. Los y las estudiantes escribieron y fueron libres. Continuaron sentados frente a la computadora por más horas, pero expandieron su imaginación: salieron e hicieron lo que les vino en gana, jugaron, rieron, lloraron, fueron ellos y construyeron el mundo que quisieron. Y me dieron a mí la oportunidad y el privilegio como docente de acompañar sus viajes desde el único lugar que me corresponde. Sí, la pandemia nos encerró y alejó de las personas, pero en nuestras clases nos acercamos y abrimos nuevas rutas. Estamos en un safari, hay que cazar nuestras ineptitudes como docentes y no hay mejor equipo de caza que los y las estudiantes en contacto franco, directo y agradable, apoyándonos en conjunto como equipo de trabajo, como equipo de aprendizaje, con todas nuestras diferencias e incompatibilidades, pero con esos dos grandes objetivos que nos unen y nos mantienen aquí: estudiar teatro y sobrevivir a la pandemia.